



DON EUGENIO D'ORS Y ROVIRA

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO XLIII.-TOMO XXXIV.-SEPTIEMBRE.-DICIEMBRE. 1954.-CUAD. CXLIII

D. Eugenio d'Ors y Rovira

Señores Académicos:

El encargo que nuestro querido Director me hace es para mí tan honroso como penoso de desempeñar. Despedir, en nombre de la Academia, a tan ilustre compañero como lo fué, como lo ha sido hasta ayer mismo D. Eugenio d'Ors, ni es para el que os habla fácil, sabedor de la inmensa distancia que media entre tan esclarecido maestro y tan limitado discípulo, ni deja de ser, sobre todo en la triste circunstancia de hoy, arriesgado en la incertidumbre de encontrar palabras que sean a un tiempo precisas y trémulas, personales y representativas. Maestro le acabo de llamar y lo era, sin duda, de legión de discípulos, que se fué voluntariamente constituyendo ya entre los camaradas coetáneos de su juventud, y que no cesó de engrosar a lo largo de todas las sucesivas promociones, hasta llegar a las de los mozos recién advenidos a la palestra de las ideas y de las bellas formas. Una semblanza fiel y digna de Eugenio d'Ors, o habría de encerrarse en sentencia epigráfica, de aquellas que con mayúsculas romanoimperiales él soñaba, o habría

de dilatarse hasta la corpulencia de un abultado volumen. Quédese esta segunda empresa reservada a la capacidad abarcadora y estudiosa de algún preclaro humanista, digno en todo de la alteza del empeño, mientras entre los propios aforismos, autorretratos y desiderata de "Xenius", nunca remiso a ensayar rasgos definidores de su etopeya, busquemos y elegimos el más certero y profundo. Y mientras tanto, dediquémosle unas palabras piadosas de evocación.

Dos días antes del que hubiera completado sus setenta y dos años de su vida mortal, se sirvió Dios Nuestro Señor arrebatárnoslo. Nació Eugenio d'Ors y Rovira —Ors y Rovira, el oso y el roble, que él recoge heráldico como símbolo y promesa— en la ciudad de Barcelona. En ella permanece toda su niñez y adolescencia. Se educa en la casa paterna. Su madre, nacida en Cuba, contagia para siempre al hijo una resbalada, columpiada y dulce caricia fonética que luego, cuando en su madurez practique casi exclusivamente la lengua de Castilla, apenas dejará trasparecer las entonaciones ya fuyentes y algún día cálidas del catalán. Desde 1899 comienza su actividad literaria, naturalmente inaugurada en el palenque periodístico, donde adiestra su pluma de futuro —un futuro inmediato— clásico de su lengua natal. Entre tanto, cursa sus estudios universitarios de Leyes. A los veintidós años, ya Licenciado, viene a Madrid a doctorarse. Vive todavía D. Juan Valera, y el joven d'Ors, que en tantas cosas se le iba a parecer, visita al anciano D. Juan en su tertulia famosa.

Quisiéramos figurarnos, ver al nuevo escritor, que pronto, dos años después, va a iniciar sus "Glosas" catalanas, primero con su nombre y apellido, y pocos meses más tarde —mayo de 1906— bajo el seudónimo de "Xenius". Para ello acudimos a la abundante iconografía —dibujos, retratos, fotografías solo y

en grupos— o a las referencias de otros escritores y periodistas. El lápiz de Ramón Casas, por ejemplo, que nos le traslada en toda su seducción juvenil, pensativa y luminosa. O la prosa de “Azorín” —1913—: “A 630 metros de altura, en esta altiplanicie castellana, ante este paisaje austeramente noble, hemos conocido —y con él cordialmente hemos charlado— a un hombre que venía de las doradas riberas del Mediterráneo. Era un joven alto, trajeado con aliño y sin atuendo; su musculatura destacaba proporcionada; en la placidez de su cara brillaba una mirada inteligente. Ni era presuroso en el ademán, ni locuaz. Su voz sonaba levemente; a menudo, los finales de sus frases —opacas, tenues— se perdían en una a manera de penumbra. Tras de lo dicho con brevedad, flotaba como un ambiente de meditación y de recogimiento. Cuando hacía una observación, se veía en la palabra sucinta, en la reflexión rápida, el trabajo recopilador de una copiosa lectura. Hay hombres que atraen y hechizan más —por lo menos tanto— por sus silencios como por sus palabras. Este joven que subía a la altiplanicie castellana desde el piélago azul era uno de ellos: en su presencia estábamos, no ante un hombre que habla, sino ante un hombre que medita.”

Este retrato de “Azorín” nos traslada al año de los treinta y uno de la edad de su modelo. Segunda temporada de estancia en Madrid para presentar su tesis doctoral sobre “Las aporías de Zenón de Elea y la noción moderna del espacio-tiempo”, la cual, por cierto, acaba de ser hallada y publicada. Ya para entonces, Eugenio d’Ors había ampliado estudios y paladeado la intensa vida europea durante largas temporadas y frecuentes viajes por Francia, Alemania, Italia y Holanda. Lo que ahora nos importa recordar sobre todo es la constancia de su actividad literaria, no limitada a la hercúlea tarea periodís-

tica de las "Glosas", sino ya extendida a otras formas más amplias y propiamente recreativas. Ya es Eugenio d'Ors el autor de *La Bien Plantada*, novela simbólica o, si se quiere, apología de su país natal y glosa estética continuada en acción. Este libro alcanza, desde su aparición, un éxito entusiasta y ensancha considerablemente el círculo de los atentos a la obra orsiana, aun antes de traducirse al castellano.

El período catalán en la obra escrita y actividad social del autor del *Glosari* se cierra al llegar la postguerra europea. Ya en 1920 aparecen las "Glosas" en lengua castellana y en diarios preferentemente madrileños, hasta que pocos meses antes de su muerte, disminuída por sus achaques la capacidad productora, si no en calidad al menos en cantidad, sus últimas colaboraciones adopten la forma de artículos, sin sobretítulo de "Glosario".

Con esto hemos aludido a las etapas esenciales en la vida y obra de Eugenio d'Ors y a lo que constituyó la crisis y batalla fundamental de su destino. Porque durante el período barcelonés, "Xenius" había sido no sólo un escritor distinguido; sino un verdadero caudillo intelectual de toda la nueva juventud de su tierra. Entre 1906 y 1919, Eugenio d'Ors reparte su quehacer en los tres órdenes que él luego gusta de reconocer y distinguir. Estos órdenes o libros ideales son el de la "Unidad", o doctrina de la Inteligencia; el de la "Varièdad" o Glosario, que arranca de cada día su gracia y su jugo ideal, y el de la "Acción", que se derrama en labor de maestría, conferencia, apostolado, polémica, fundación y organización. Más recientemente, al redactar unas "Memorias" de interrumpida publicación, insiste: "Al recapitular mi destino, he llegado, poco ha, a persuadirme de que, a despecho de una aparièncià de

poligrafía casi escandalosa, yo nunca he compuesto más que tres libros. En uno, el pensamiento se encara con la variedad del mundo de la historia y de las ideas: a tal designio sirve el "Glosario". Otro libro, una "Filosofía", en que el pensamiento se encara consigo mismo y organiza su propio sistema. Un tercer libro, en fin, una "Heliomaquia" o lucha por la luz, en que el pensamiento se vuelve acción."

Tan ambicioso proyecto de obra y vida quedó en gran parte realizado, y si hoy releemos la literatura íntima —planes, memorias, apuntes, cartas— de otros grandes trabajadores intelectuales, no ha de ser nuestro d'Ors quien ofrezca mayor distancia entre lo que quisieron realizar y lo que tiempo, tensión y salud les permitieron conseguir. Con frecuencia también, en tales excelsos varones van por un lado los proyectos nunca o a regañadientes abandonados, y por otro los libros que la ocasión y la digresión y la tentación les forzaron a, por decirlo así, improvisar. Testigos el mismo Valera o su querido Menéndez Pelayo. Relativamente a estos insignes humanistas, tan vindicados y venerados por Eugenio d'Ors, nuestro filósofo y heliómaco permanece conscientemente leal a su designio desde que éste, en edad apenas madura, se dibuja por completo ante su ambición de universalidad.

Al darse cuenta con toda claridad de su objetivo, lo primero que piensa y decide el ya clásico de la lengua catalana es abandonarla literariamente para adoptar la nacional española, la imperial lengua de Castilla. Tan trascendente paso no se había de dar sin disgusto y escándalo de compañeros y conterráneos. Su participación importantísima en las labores del Instituto de Estudios Catalanes y de la Instrucción Pública de la Mancomunidad no podía abandonarse sin herir sentimientos ni despertar malevolencias. Pero d'Ors, al adoptar ahora el caste-

llano como instrumento expresivo, como otras veces ocasionalmente el francés o el italiano o la lengua latina, es fiel a su vocación de crecimiento y a su anhelo nobilísimo, no ya de nacionalidad, sino de imperio y universalidad. Hay que releer sus pensamientos sobre el concepto de nación y sus diversas acepciones frente a la constante unitaria o, según su terminología, eón de imperio, para descartar todo propósito de oposición política o de tráfuga veleidad hacia un castellanismo o madrileñismo que seguiría siendo tan contrario e insuficiente a su vocación mantenida. Precisamente el discurso que pronunció en su recepción en esta Academia, en Sevilla y durante la guerra —29 de abril de 1938—, abunda en elocuentes convicciones sobre la oposición de nacionalismos plurales frente a unidad por esencia de imperio.

Si he creído oportuno referirme precisamente en esta triste ocasión a esos hechos y a esas ideas ha sido por creer que así lo exigía la conmemoración de su venida y presencia en esta Casa. Porque Eugenio d'Ors fué elegido miembro de la Real Academia Española el 10 de marzo de 1927 para ocupar una de las plazas de nueva creación que por disposición de la Superioridad habían de concederse a personas eminentes en el conocimiento y cultivo de las lenguas regionales de España. La verdad es que nunca dejó del todo Eugenio d'Ors de escribir en catalán. A veces, surge de nuevo en su madurez, en su ancianidad, la emoción del niño o del adolescente, y en el lenguaje y ritmo espontáneo e inabdicable de la poesía nacen estrofillas aladas, oraciones y "goigs" conmovedores de abandonada ternura. Pero su ampliación de radio y traslación de centro están ya resueltas y nada le hará volver atrás. Porque la fuerza de captación de Castilla, de su espíritu y de su len-

gua, obrará en él con la misma eficacia que en otros insignes escritores y artistas de las más diferenciadas y costeñas regiones de la península. Eugenio d'Ors, como los geniales actores y actrices de su país catalán hablando, pondrá todo su denuedo y amor propio escribiendo, en borrar el acento por respeto a la lengua grande de todos los hispánicos. Y bien puede decirse que lo logra como por arte de magia, pues sus primeras glosas castellanas son ya modelo de sintaxis y de elegancia castiza, a pesar de que siempre el Glosador escriba fiel a un pensamiento europeo, universal, y no menos fiel a su originálsimo garbo que gusta de todas las tangentes, sorpresas y escapatorias de la ironía.

Resultó, pues, que el flamante académico —que había de ocuparse en estudiar su lengua familiar para mejor limpiar, fijar y dar esplendor, en labor de cotejo y contraste, tanto al habla vernácula, ya gloriosamente renacida a la literatura, como al idioma centimillonario de Castilla— se limita desde su ingreso en la Corporación a trabajar dentro y fuera de la Casa como un escritor español más, un maravilloso estilista, aunque probablemente este término no hubiera sido de su agrado. Quitémosle el sufijo y dejémoslo en estilo y aun otorguemos al vocablo una acepción más genérica que personal. Pero, ¿cómo desconocer en el menor rasgo de su pluma la presencia irrenunciable de un modo de ser, de una peculiarísima sensibilidad léxica, prosódica y sintáctica, de una nativa y cultivada elegancia que está constantemente evocándonos, no ya al individuo, sino a la persona, la simbólica persona con su Angel encontrado y confesado detrás de sus espaldas?

Así pude yo verle por vez primera sentado a una reducida mesa redonda, solo, en una capillita o apartado de cervecería madrileña, y sorprenderle en ple-

no trabajo, quizá importunándole, para saludarle y manifestarle mi devoción y mi deseo de diálogo. Con exquisita cortesía disimuló, acaso, la inconveniencia de mi atraco, que le obligaba a dejar en suspenso el párrafo de una glosa, y charlamos más que de poesía, que sabía era mi debilidad más conocida, de música, que era otra de mis predilecciones. Ocurrió este primer inolvidable contacto a la salida de un concierto —y de ahí el motivo de la conversación— y quedé tan agradecido e impresionado de su continente y medida afable y ceremoniosa, como de sus opiniones sobre Debussy o sobre el patetismo del violonchelo, manifestadas ya con una punta de ironía y propósito disuasorio frente a mi juvenil entusiasmo. Era en 1922. Quedé obligado a enviarle libros míos según fueran apareciendo y guardo preciosas cartas en que no se deja engañar por las aparentes contradicciones de una bibliografía en zig-zag. Sabe él muy bien, y así me lo dice, que la línea curva es a veces el camino más corto en la vida del artista y renuncia a aconsejarme cuando me siente en peligro de traición a la hegemonía de la inteligencia.

El ingreso de Eugenio d'Ors en la Academia era fatal, y de no haber sido llamado por su gloria como escritor de lengua catalana, lo hubiera sido en fecha muy próxima por su maestría en la castellana. Hay que decirlo, hoy y siempre, porque es una verdad tamaño, que Eugenio d'Ors ha sido, es —porque la Obra Bien Hecha no pasa— uno de los mayores escritores, de los más inspirados, magistrales y completos que ha tenido nuestra lengua. Esto es quizá lo que a nosotros más nos importa entre todas las excelencias de su obra, que no es sólo obra de estilo, sino obra de pensamiento y de semilla, como vamos a recordar en seguida. Su prosa es de una ductilidad asombrosa. Tan pronto se ciñe avaramente a la sen-

tencia, al aforismo, a la definición conceptual y filosófica más inesperada y feliz a un tiempo, como se dilata en ondas armoniosas, se recrea como un río de variados, celestes y arbóreos reflejos y linfa purísima en remansos y meandros de indecible y rítmico sosiego. O ya se dispara, calentada por la pasión meditabunda, acelerando su movimiento con urgencia rectilínea en la narración, que va derecha a su meta, que no marra nunca ni pierde tiempo en andarse por las ramas del titubeo. Mucho se ha hablado y escrito sobre la serenidad orsiana, pero en d'Ors, como, por ejemplo, en Fray Luis de León, la serenidad se logra amansando tempestades y borrascas a puro conjuro para domeñar los monstruos del instinto. Basta contemplar su hermosa grafía, su letra, sí, elegantísima y de curvatura casi femenina, pero acostada tremendamente a la derecha como mar de espigas tumbado por la furia del huracán. En cambio, su letra, como su espíritu, su dicción y su prosa, han sido siempre clarísimas y no vale la pena de que refutemos la vulgarísima especie de su oscuridad. Lo que sucede es que para entenderle, como para entender a todo auténtico pensador —y más si ha creado un sistema filosófico—, es imprescindible aprender su vocabulario, ese centenar de palabras que todo filósofo crea o acuña de nuevo dándolas un sentido propio, explicado en los fundamentos mismos y postulados iniciales de su dialéctica. Ignorar ese léxico y, por desventura y añadidura, desconocer lo más obvio y aristocrático del pensamiento y de la historia universales, es condenarse a no decir más que necedades si todavía se atreve el objetante a abrir la envidiosa boca.

Pero la obra de Eugenio d'Ors no ha sido únicamente obra de escritor, de bello escritor, poeta en prosa, y a veces, con tanta ceremonia barroca como encantadora modestia, poeta en verso. Eugenio d'Ors

ha sido un perfecto humanista, un ensayista infatigable doblado de un filósofo y meditador sistemático. En repetidas ocasiones él se ha complacido en trazar esquemas —diversión ya favorita desde su niñez—, en edificar sinopsis, tan apretadas, simétricas y triangulares de términos, llaves y correspondencias que no hay más que pedir. Antes de llegar por sus pasos contados a la concepción, como plena actividad de su mente, de la por él inventada Ciencia de la Cultura, cuya cátedra —recientemente creada para él por el Ministerio de Educación— fué ocasión de que le enviáramos desde esta Casa un cariñoso saludo de enhorabuena, ya Eugenio d'Ors tenía reservado el hueco abstracto para su nueva disciplina en sus paradigmas sistemáticos. Lo admirable es que poco —casi nada— ha resecado su materia concreta tanta vocación de encasillamiento genérico. Los filósofos podrán discutir y justipreciar lo que hay de nuevo, de sustancioso, en el pensamiento orsiano, en su *Secreto de la Filosofía*, por él revelado en libro maduro y encantador que puede parecer por momentos superficial a los que creen que la filosofía es incompatible, por un lado, con la claridad y elegancia del lenguaje, por otro, con la matización irónica y el paréntesis ejemplificador y anecdótico. Pero nadie podrá negar la erección de un sistema en que toda actividad del Espíritu encuentra su lecho exacto y fecundo. Ni mucho menos la jugosa exposición de una doctrina coloreada por todas las luces, artes y tentaciones de la vida constante y multiforme.

Por eso, si en sus libros sistemáticos como el que acabo de citar o el que deja pensado, predicado y seguramente en gran parte redactado sobre la *Ciencia de la Cultura*, o en sus juveniles ensayos y conferencias, resplandece principalmente el fulgor de la unidad de su pensamiento, en la otra vertiente de su obra escrita, en el *Glosario*, se contrasta constantemente

ese pensamiento al estímulo de la vida circundante, contemplada y captada con una amplitud minuciosa que nos causa verdadero estupor. Medio siglo de glosa casi diaria en la que se comentan con amenidad deliciosa, bien maridada con el jugo de la sentencia dictaminadora, las innumerables cambiantes, orientes y reflejos de la tentadora Vicisitud. Para poder apresar tentacularmente tanta diversidad de vida, el glosador gusta a su vez de enmascararse, una máscara transparente, y una vez es "Xenius" y otra "Octavio de Romeu" y otra "Un ingenio de esta corte". Política, Sociología, Historia, Ciencia Física o Metafísica, Diversión, Costumbre, Ecos de Sociedad, y toda la gama de las Bellas Artes. Todo entra en el *Glosario* y todo queda en él esplendiendo claridad, agudo y certero de profecía, implacablemente definido para sentencia. En tan ingente carnaval y deslumbrante revisión hay —¿cómo podría evitarse?— ligerezas, errores y también repeticiones. Rara vez, en cambio, incongruencias o conversiones. De nada abominaba tanto él como de la deslealtad confesada cínicamente. Si alguna vez hubo que rectificar, se hizo noblemente y demandando perdón. Lo increíble es que lo normal sea el vaticinio exacto o el juicio profundo, la caracterización lapidaria o la anécdota sabrosísima, traída a cuento siempre para obtener de ella lección de Categoría. Creo urgente que, así como de grandes escritores novelistas se ha entresacado su censo de personajes, su inmensa comedia humana o nómina de creación personal, se haga otro tanto con el *Glosario*, se reduzca a índice y ficha todo el nomenclátor de los personajes reales o imaginarios en él incluidos, clasificándolos por su índole y condición: filósofos, hombres de ciencia, artesanos y artistas, políticos, militares, santos y héroes, mitos y personajes literarios nuevamente recreados, etcétera. El día que esto se haga, a más de contar con una necesaria aguja de

navegar glosarios, pasmará la amplitud de la obra, que no creemos ofrezca par en ningún otro cosmos de periodismo, ensayo o memorias personales, sostenido con tan irrevocable elegancia.

Y todavía con una y otra vertiente aludidas, con la otra actividad pública y heliomáquica de la fundación cultural, de la conferencia por Españas y Europas y Américas, de los cursos sistemáticos universitarios, de la siembra de ideas y del regalo de una conversación deleitosa y magistral, quedan unos cuantos libros, quizá los más felices de toda su obra. Son sus incursiones en los géneros literarios más tradicionales, sus novelas, biografías, poemas, sin olvidar su magnífica tragedia política *Guillermo Tell*, perfectamente representable ante un público digno. Son sus tres biografías reunidas en el *Epos de los Destinos*, biografías que persiguen algo muy distinto, tanto de la biografía documentalmente histórica como de la estúpidamente novelada. Son narraciones tan de gran escritor para inmensas mayorías como *La Bien Plantada* o las que se recogen en *Jardín Botánico*. Con esos pocos libros, Eugenio d'Os sería ya uno de los más grandes escritores de España.

Y son todavía los volúmenes que colman otro anaque, el más nutrido, si exceptuamos los tomos del *Glosario*, de su librería de obras originales. Me refiero a los libros de Arte. Fué Eugenio d'Ors desde su mocedad gran apasionado de las Bellas Artes y hasta aficionado ensayista que gustó de practicar técnicas para adiestrar el ojo y la mano y comprender mejor los secretos del oficio y los problemas de la Estética general y aplicada. Si siempre atento a la Música, confesaba ser profano en su gramática y escritura, lo que no le impedía por deducción integrar sus leyes en el cuadro general de las Ideas ni aventurar paralelos y aun meridianos sutiles entre artísticas mú-

sicos y plásticos, si la Poesía la ejercitaba ya con refinamiento y fidelidad a su creencia en la objetividad y en la conciencia y sobreconciencia angélica, fueron sobre todo los tres hermanas Arquitectura, Escultura y Pintura las que acertaron a llevarse lo más íntimo de su corazón y, no hay que decirlo, las que iluminaron más perennes la noble anchura mental de su frente. De ellas procedía, en gran parte, su panoplia de símbolos. Y así la Cúpula de la Arquitectura renaciente le servía de emblema para su tratado de la Monarquía; las formas que pesan, los cuerpos de la Escultura, para su discriminación angelológica, que pedía Angel Custodio fuerte y no cupidillo alado; y la primacía del dibujo en la Pintura para acentuar los perfiles de la Inteligencia frente a los claroscuros y las manchas variopintas de la confusa y febril Sensibilidad. Una rara capacidad de síntesis y un calor comunicativo de persuasión y estilo, no menos raro en tratadistas y críticos de arte, le permitieron lograr ese grupo de obras maestras, entre las cuales sus *Tres horas en el Museo del Prado* han sido para tantos lectores y lectoras lo que *La Bien Plantada* entre sus libros de pura imaginación: un breviario de orsianismo y una continuada conquista de catecúmenos y adeptos.

Nos queda por decir algo de su vocación académica. Si hubo, en principio, un intelectual con los estigmas natos del académico, éste fué D. Eugenio d'Ors. Toda su vida la pasó defendiendo y proclamando la supremacía de la Inteligencia —de la Inteligencia, no precisamente de la Razón— y su famosa sentencia de que “Todo lo que no es Tradición es Plagio” podría incribirse en el frontis de todas las Academias, como ya lo está en el de uno de los Museos. Su prurito de guardar la Unidad le llevó a aconsejar la creación del Instituto de España como

sede común de todas las Academias, y a ocupar su Secretaría en los años de aclimatación y arraigo.

Aunque el ingreso en nuestra Casa se demorara más de la cuenta, fué luego D. Eugenio uno de los académicos más asiduos y más fieles en sostener prerrogativas y observar liturgias tradicionales. Lo que él llamaba el respeto a las jerarquías inermes, y entre ellas, en primer término, a las académicas, no cesó de vindicarlo ni de protestar ante quien quiso oírle siempre que se desconocían o menospreciaban por la beocia ambiente tales legítimos derechos y debidas honras. Y él, que se pasó la vida limitando conceptos y definiendo ideas, ¿no había de ser idóneo para la tarea específicamente académica? Más aún que en sus siempre sagaces intervenciones en los coloquios léxicos, generalmente para proponer definiciones o rectificaciones con vistas a la mayor concisión filosófica, desdeñando pormenores descriptivos, su magisterio se hacía presente en el ejemplo de su obra, en la lúcida configuración de sus ideas siempre exactamente dibujadas. Esto y el hechizo de su conversación esmaltada de sales y agudezas —fiel también en este constante regalo a otra veta de tradición genuina que procede por lo menos de las Academias del siglo de oro— es lo que nos hacía apreciar tanto su compañía y colaboración.

Poco a poco, uno a uno, va desapareciendo de la vida española ese grupo excepcional de grandes escritores que ha permitido a tantos historiadores de lo reciente, y no sólo españoles, sino extranjeros, hablar de un nuevo siglo o medio siglo de oro. Los que hemos venido después apenas damos crédito a lo que hemos visto y vivido, porque con frecuencia esos incommensurables ingenios han aunado a sus dotes estrictamente literarias una personalidad, una imperiosa seducción de carácter que les convertía, todavía

en vida, en mitos de sí mismos. Ya sé que a Eugenio d'Ors no le gustaba que se hablase de carácter. El carácter pertenece a su contraestilo teórico. Pero, ¿cómo olvidar junto a su obra la singularísima humanidad, única, sin precedente ni consiguiente posible o imaginable, del fabuloso "Xenius"? En balde intentaremos contar a nuestros nietos, si Dios nos los concede y longevidad para disfrutarlos, lo que fué, cómo era Eugenio d'Ors. Con ser tan eximia su obra, parece que queda pálida ante su animada figura y que ahora padecerá de la falta del reflejo de su creador. Pero esta conjetura es probablemente, afortunadamente, falsa, y sólo ocasionada de la pena y del vacío que sentimos en estos días de duelo inmediato.

Ya no le veremos llegar a la Academia como en estos años últimos, disminuído y agobiado, quién sabe si por el peso que sus espaldas tal vez sustentaban, según él mismo profetizó.

Ya está la obra, la Obra Bien Hecha, realizada y quieta hasta el límite de una posibilidad, de un esfuerzo humano. Y ya está libre el artesano que la moldeó para otra artesanía incomparablemente más excelsa y gratuita, vacante para el Cántico sin fin. Esperemos que el camino haya sido corto y que su dilecto San Cristóbal, a cuya advocación consagró la casa y ermita donde eligió vivir y morir, haya escuchado su oración poética, que rezaba así:

"San Cristóbal, que vadeaste el río, con un Niño sobre las espaldas, que era el Dios verdadero."

"Váleme a mí, glorioso San Cristóbal; a mí, que corto la corriente, sin saber lo que llevo."

"De la muerte violenta líbrame, de la muerte mala."

"En honor de lo que, tal vez, llevo a las espaldas."

GERARDO DIEGO.